

¿QUIÉN PUEDE SABERLO?

Volumen 1 – Sermón No. 275

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
18 DE SEPTIEMBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?”
Jonás 3:9***

Esta era la esperanza desesperada de los ninivitas: "¿Quién puede saber si Dios se volverá y se arrepentirá, y se apartará de su feroz ira, para que no perezcamos?". El libro de Jonás debería ser sumamente reconfortante para aquellos que están desesperados por la maldad de sus tiempos. Nínive era una ciudad tan grande en su maldad como en su poder. Si a cualquiera de nosotros con poca fe se nos hubiera ordenado rodearla, y "contar sus torres, y señalar bien sus baluartes", si se nos hubiera ordenado recorrer sus calles y contemplarla tanto al resplandor del sol como a la luz de la luna mientras sus habitantes se entregaban al vicio, habríamos dicho. "¡Ay! Ay! la ciudad está totalmente entregada a la idolatría, y está ceñida por un muro de pecado, tan estupendo como su muralla de piedra".

Supongamos que se nos hubiera dado el problema para que lo resolviéramos: ¿cómo puede esta ciudad ser llevada al arrepentimiento? ¿Cómo se abandonará su vicio y todos sus habitantes, desde el más alto hasta el más bajo, adorarán al Dios de Israel? Si no nos hubiéramos quedado paralizados por la desesperación, que es lo más probable, nos habríamos sentado a considerar cuidadosamente nuestros planes.

La habríamos dividido en distritos misioneros, habríamos necesitado por lo menos varios centenares, si no miles, de ministros capaces, en seguida habría que incurrir en gastos, y nos habríamos considerado obligados a contemplar el levantamiento de innumerables estructuras en las que se pudiera predicar la Palabra de Dios. Nuestra maquinaria se volvería necesariamente engorrosa, nos encontraríamos con que, a menos que contáramos con todos los recursos de un imperio, no podríamos ni siquiera comenzar la obra.

Pero, ¿qué dijo el Señor al respecto? Haciendo a un lado los juicios de la razón, y todos los planes y esquemas que la carne y la sangre siguen tan naturalmente, Él levanta a un hombre.

Mediante una providencia singular, capacita a ese hombre para su misión. Lo hace descender a las profundidades del mar, donde la maleza lo envuelve, sale de las profundidades, y el terrible descenso ha endurecido su alma y lo ha cubierto completamente con la armadura de la fe valiente.

¿Quién tiene que temblar ante nada en la orilla que haya pasado por las entrañas de un pez y, sin embargo, haya sobrevivido? Llega a la ciudad, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas por el recuerdo del gran juicio que había pasado sobre su cabeza, y de manera severa e inflexible, con voz estridente y monocorde empieza a gritar: "¡Todavía cuarenta días y Nínive será destruida!".

¿Es éste, oh, Dios, Tu camino? ¿Es éste el medio con el que Tú llevarás a cabo el gran acontecimiento? ¿Harás que Nínive se arrepienta por la orden de un solo hombre? ¿Bastará la voz de ese hombre cetrino, recién llegado del mar, para conmover a esta gran ciudad? Oh Dios! si hubieras salido en Tu carro de fuego, si hubieras hablado con Tu trueno, si hubieras sacudido la tierra con Tus terremotos, entonces Nínive podría sentir, pero ciertamente este solo hombre no es suficiente para el hecho.

Pero como la altura del cielo sobre la tierra, así de altos son sus caminos sobre nuestros caminos, y sus pensamientos sobre nuestros pensamientos. Tan hábil es Él que con el instrumento más débil puede producir la obra más poderosa. Ese hombre comienza su viaje. Ya los habitantes acuden a escucharle. Sigue adelante y la multitud se multiplica. Cuando se para en la esquina de los callejones y las callejuelas, todas las ventanas se abren para escucharle, y las calles se llenan de gente a su paso. Continúa hasta que toda la ciudad se estremece con su terrible voz.

Y ahora el Rey mismo le pide que venga a su presencia, y el intrépido profeta sigue profiriendo la amenaza de Dios. Entonces se produce el efecto. Toda Nínive se envuelve en cilicio, el clamor de hombres y bestias se eleva en un terrible lamento a Dios. Jehová es honrado y Nínive se arrepiente.

¡Ah!, hermanos míos, en esto vemos ricos motivos de esperanza. ¿Qué no puede hacer Dios? No pienses que Él necesita esperar por nosotros. Él puede llevar a cabo las más grandes hazañas con los instrumentos más insignificantes. Un hombre, si Él lo quisiera, sería suficiente para conmover a esta gigantesca ciudad. Un solo hombre, si Dios lo decretara, sería el medio para la conversión de una nación, es más, un continente se estremecería bajo el paso de un solo hombre. No hay palacio tan alto que la voz de este hombre no pueda alcanzar, y no hay antro de infamia tan profundo que su grito no pueda ser escuchado allí.

Todo lo que necesitamos es que Dios "desnude Su brazo", y ¿quién puede resistir Su

poder? Aunque sólo empuñe la quijada de un asno, Su brazo es más poderoso que el de Sansón, y no sólo sería montón sobre montón, sino ciudad sobre ciudad, continente sobre continente. Con el instrumento más insignificante mataría Dios a Sus miles y vencería a Sus miríadas.

Oh, iglesia de Dios, no temáis nunca, recordad a los hombres que Dios os ha dado en los días de antaño. Recuerden a Pablo, recuerden a Agustín, piensen bien de Lutero y Calvino, hablen de Whitefield y de Wesley, y recuerden que éstos no eran más que hombres individuales separados, y sin embargo, a través de ellos Dios hizo una obra, cuyo recuerdo aún perdura y nunca cesará mientras dure esta tierra.

Con esto como prefacio, ahora me apartaré un poco de la narración para dirigirme a aquellos que tiemblan a causa del pecado y que están en la misma posición que los hombres de Nínive, y que como ellos desean ansiosamente misericordia.

Esta mañana observaré brevemente tres cosas. En primer lugar, la miserable situación en que se encontraban los hombres de Nínive; en segundo lugar, las escasas razones que tenían para tener esperanza; y luego, en tercer lugar, observaré que nosotros tenemos razones más fuertes que nos obligan a orar, y argumentos más cómodos que nos impulsan a confiar.

I. Primero, entonces, consideraré a los hombres de Nínive, como representantes de muchos de los aquí presentes, en cuanto a **la lamentable situación en la que se encontraron**.

Los hombres de Nínive eran como los de los días de Noé. Se casaban y se daban en matrimonio, comían y bebían, construían y plantaban. El mundo entero era su granero, y los reinos de la tierra su coto de caza. Eran ricos y poderosos por encima de todos los pueblos, porque Dios había aumentado enormemente su prosperidad, y se habían convertido en la nación más grande sobre la faz de la tierra. Encerrados en la seguridad, cayeron en pecados grandes y abominables. Sus vicios probablemente rivalizaban con los de Sodoma. Si no eran peores aún que las ciudades orientales de la actualidad, eran abominables más allá de toda descripción.

Sin embargo, ¿cuán repentinamente fueron sacudidos de su seguridad y convencidos de su pecado? La predicación de aquel hombre extraño los había llevado de la cumbre de su esplendor a las profundidades del dolor. Ahora se había acabado su jactancia, había cesado el sonido de su alegría, y empezaron a llorar y a lamentarse. ¿Cuál era su miserable situación? Yo creo que consistía en tres descubrimientos: ahora descubrían su gran pecado; después, la brevedad de su tiempo; y en segundo lugar, el carácter terrible de su destrucción.

Ojalá descubrierais lo mismo vosotros, pecadores descuidados, vosotros que dormís en

Sión, vosotros que no teméis a Dios ni os apartáis de vuestros malos caminos. Quisiera decir que, en primer lugar, alguna voz profética os incitara a recordar vuestros pecados, pues ¿no son muchos y muy grandes? Que cada uno de nosotros mire su vida, y ¿quién hay aquí que no tenga que sonrojarse? Algunos de nosotros hemos sido morales. Por el entrenamiento de nuestra juventud y por las restricciones de la gracia nos hemos mantenido alejados de las inmoralidades de otros, pero incluso nosotros estamos obligados a poner nuestras bocas en el polvo.

Al mirar dentro de nuestro corazón, descubrimos que es un nido de aves inmundas, lleno de toda clase de cosas malas y repugnantes. Hemos sido tan viciosos en nuestros corazones como los peores hombres lo han sido en sus actos. Pero hay demasiados que ni siquiera pueden alegar que han sido morales, aunque esto no sería más que una pobre excusa para la falta de amor a Dios.

Mirad, hombres y hermanos, mirad vuestras vidas, ¿quién de nosotros se ha librado de murmurar contra Dios? ¿quién es el que ha amado a su prójimo como a sí mismo? ¿quién es el que nunca se ha enojado sin causa? ¿quién no ha maldecido nunca a Dios en su corazón, aunque no lo haya hecho con los labios? ¿quién de nosotros ha guardado siempre escrupulosamente el ojo de la lujuria y el corazón de la codicia? ¿no hemos pecado todos? Si ahora pudieran descubrirse nuestras iniquidades, si en la frente de cada uno estuviera escrito su pecado, ¿quién de vosotros no se pondría la mano en la frente para ocultar su iniquidad a sus semejantes? Será de esencial utilidad para muchos de ustedes si revisan sus vidas.

Vuélvete, te lo suplico, a las páginas de tu memoria, y deja que las páginas negras, manchadas y mal escritas vuelvan a leerse ahora. No piensen que el predicador sabe cómo halagar a su congregación. Se ha puesto de moda en estos tiempos considerar que nuestros oyentes son todos buenos y excelentes; ¿no sería esto una mentira y una falsedad delante del Dios Todopoderoso? ¿Acaso no hay aquí quienes pueden entregarse secretamente a vicios que no debemos mencionar? ¿No hay quienes hacen a sus semejantes en el comercio lo que despreciarían en otros? ¿Ninguno de ustedes es codicioso? ¿Ninguno de vosotros se excede o defrauda a su prójimo? ¿Ninguno de vosotros practica los fraudes y trucos comunes en el comercio? ¿Ninguno de vosotros es mentiroso, ni engañador, ni calumniador que levante falso testimonio contra su prójimo?

¿Soy tan feliz como para tener aquí una congregación inmaculada? No puedo lisonjearme de que tal pueda ser la verdad. No, nuestras iniquidades son grandes y nuestros pecados son horribles. Oh, que todos estuviéramos dispuestos a confesar, cada uno por sí mismo, las iniquidades que hemos cometido.

Seguramente, si el Espíritu de Dios brillara en nuestros corazones y nos mostrara la maldad

de nuestros caminos, nos encontraríamos en una condición verdaderamente dolorosa, y estaríamos dispuestos a clamar ante Dios, como lo hizo Nínive en el pasado.

Adicionalmente, sin embargo, los ninivitas tenían información sobre la brevedad de sus días. "Aún cuarenta días y Nínive será destruida". ¡Cuán fija y definitiva es la fecha! "Apenas habrán transcurrido seis semanas", dice el profeta, "antes que muráis y perezcáis miserablemente". A una hora fue descrito el tiempo, "Aún cuarenta días". ¡Cómo contarían los ninivitas los días con terror, y observarían cada salida y puesta del sol como si fueran los negros hitos de su lúgubre camino hacia la muerte!

"¡Ah! " dice alguno, "pero no nos dirás que nuestros días son sólo cuarenta". No, hombres y hermanos, no soy profeta. No puedo decir cuántos pueden ser sus días, pero esto sí puedo decirlo, es posible que haya algunos aquí a quienes no les queden cuarenta días de vida. Es posible que haya algunos entre ustedes que no tengan un respiro tan largo como la misma Nínive.

Supongan ahora que yo pudiera llevarlos a esa gran ciudad. Si pudiera mostraros sus enormes murallas y sus estupendas fortalezas, si, como Jonás, pudiera señalarlas y decir: "Dentro de cuarenta días toda esta ciudad será destruida", ¿qué requeriría un mayor esfuerzo de credulidad para creer esta profecía o la que sigue: "Dentro de cuarenta días tu cuerpo se convertirá en polvo"? ¿Cuál, digo, requeriría un mayor esfuerzo de fe? ¿Cuál es la más fácil de las dos, enviarte a la muerte o desarraigar una ciudad?

¿Qué eres tú, hombre, sino un montón de polvo animado? Un gusano puede destruirte, un grano de arena puede bastar para quitarte la vida. Débil es el hilo de la vida, una tela de araña es un cable comparado con ella. No es más que un sueño, el susurro de un niño puede romperlo, y podemos despertar en otro mundo. "¡Cuarenta días!" Seguramente fue un período largo y distante comparado con lo que puede ser la fecha de tu muerte.

Llevo predicando en este lugar el tiempo suficiente para recordar a muchos que se han ido de aquí al lugar destinado a todos los vivos. Muchos, muchos son los rostros que hoy echo de menos cuando miro a lo largo de vuestras filas y miro alrededor de esta galería. No son pocos los que recuerdo que han dejado la tierra de los vivos y se han ido a otro mundo, y algunos, ¡qué repentinamente, qué rápidamente!

Yo mismo me he sobresaltado a menudo. He visto a algunos aquí en día de reposo, y para el martes o para el jueves, ha llegado el mensaje: "¿En qué día se puede enterrar a tal o cual?". "¡Entiérrenla!" "Sí, señor, entiérrenla, se ha ido", y yo he dicho: "¡Qué extraño parece que haya muerto quien hace tan poco vivía entre nosotros!"

Cuarenta días, añadido yo, es un largo plazo comparado con el cual tienes alguna razón para

concluir que Dios te lo ha concedido. Pero, ¿y si fueran cuarenta años? Si tan sólo miraras con el ojo de la sabiduría, cuán rápido pasan nuestros años. ¿No te sobresalta ahora ver la hoja seca en tu camino? Fue ayer cuando se vieron los brotes verdes y frescos. Parece que fue hace un mes cuando vimos por primera vez el trigo brotando de la tierra, y ya la cosecha ha terminado y se ha ido, y muchos de los pájaros han desaparecido, y los tintes del otoño están sucediendo al verdor del verano. Los años parecen ahora meses, y los meses días, y los días pasan tan deprisa que revolotean como sombras ante nosotros.

Oh, hombres y mujeres, si pudiéramos medir la vida, no es más que un lapso, y en un tiempo cuán corto, cuán breve cada uno de nosotros debe comparecer ante su Dios. La brevedad del tiempo debería ayudarnos a despertarnos, y luego permítanme agregar que la tercera cosa que sobresaltó a los ninivitas fue el carácter terrible del juicio.

Sin duda, una parte del efecto de la predicación de Jonás puede atribuirse a la singular vaguedad de su profecía. Dice: "En cuarenta días Nínive será destruida". No nos dice por quién. Cómo, no se digna a revelar. Va a ser derrocada, eso es todo. No dice si alguna nación poderosa la invadirá, o si un terremoto se la tragará rápidamente, o si una plaga o pestilencia vaciará toda la ciudad, o si una disputa intestina acabará con la población.

La misma vaguedad e indistinción de una profecía aumenta su terror, del mismo modo que los hombres nunca pueden hacer que sus mentes piensen en espectros a plena luz del día, sino que siempre evocan tales cosas en horas de sombra y penumbra. La oscuridad del mensaje hizo temblar a los hombres. Y ¡oh! vosotros que no estáis reconciliados con Dios, hombres sin religión, sin esperanza y sin Dios en el mundo, ¡cuán terrible es el juicio que vendrá sobre vosotros!

No me corresponde a mí intentar describirla. La Escritura sólo habla de la vida futura en términos indistintos. Son terribles por su vaguedad. Jesús dice: "Estos irán a las tinieblas de afuera, donde hay llanto y gemido y crujir de dientes", y luego habla del tormento como un lugar "donde el gusano no muere y el fuego no se apaga", y luego lo describe como "un pozo sin fondo" y como "un fuego" que "nunca se apagará".

¡Ah! hermanos míos, sabemos muy poco de la ira de Dios que ciertamente vendrá sobre los impíos, pero sabemos lo suficiente para permitirnos comprender que es demasiado terrible para que el oído humano la escuche. Si el infierno nos hubiera sido descrito completamente en este tiempo, esta vida misma no habría sido sino el vestíbulo del tormento eterno. Me pregunto si algún ojo podría soportar leer una descripción como la que Dios podría haber dado. Nuestros oídos habrían cosquilleado, y nuestros corazones se habrían derretido como el agua al oírla. Oh, pecador, me basta decirte en este día: "A menos que os arrepintáis, pereceréis con una terrible derrota". Dios, el propio Dios, desenvainará Su espada y la bañará

en tu sangre. Os expulsará de Su presencia entre los truenos de Su ira y los relámpagos de Su venganza. Te herirá con Su omnipotencia, y se gastará en castigarte, y tu tormento no tendrá fin, y su humo subirá por los siglos de los siglos.

No les hablo hoy a ustedes que son incrédulos en la Palabra, con ustedes no tendré nada que ver esta mañana, sino a ustedes que son creyentes en la revelación de la Biblia, que profesan ser cristianos nominales, con ustedes tengo que tratar.

Oh, señores, si creéis en este libro, si sois impenitentes, ¡qué tremenda es la condenación que os espera, qué fatal será para vosotros la muerte, y qué terrible el último y espantoso día del juicio! Y todo esto se acerca rápidamente. Las ruedas del carro de la justicia de Dios tienen ejes que se calientan con la velocidad, los negros corceles se cubren de espuma a medida que avanzan.

Tal vez, ya que estoy aquí y hablo, ay, con demasiada frialdad sobre cosas que deberían hacer hervir de entusiasmo a cualquier hombre, tal vez la muerte pueda estar ahora mismo ajustando su flecha a la cuerda, y tú puedas ser su víctima, y este sermón pueda concluir, como concluyó el sermón de Pablo, con la caída de alguien muerto como Eutico, en la ventana mientras dormía. Dios quiera que no sea así, pero, no obstante, hay motivos suficientes para que cada uno de nosotros tiemble y se incline ante el Dios de Israel. Así he hablado sobre el primer punto, ¡oh, Espíritu Santo, bendice la palabra!

Sin embargo, los ninivitas se animaron y tuvieron esperanza. Dijeron: "Proclamemos un ayuno, que el hombre y la bestia clamen poderosamente a Dios, porque quién puede saber si él puede volverse de su ira feroz para que no perezcamos".

II. Ahora el segundo punto era, *el sólido terreno que los ninivitas tenían para la esperanza.*

Y ahora mirad atentamente, porque anhele esta mañana por todos vosotros en las entrañas de Cristo, que también vosotros, con una esperanza mucho mejor, seáis capaces de imitar el ejemplo de los hombres de Nínive. Notarán que en el mensaje de Jonás no hubo ninguna proclamación de misericordia. Era una breve sentencia de condenación. Era como la gran campana de la iglesia de San Sepulcro tocando la hora de la ejecución de un criminal. No hubo ni una nota de misericordia. Era la trompeta del Juez, pero no la trompeta de plata del Jubileo. No hubo piedad en los ojos de Jonás, ni compasión en su corazón. Fue enviado con un encargo atronador y lo cumplió de manera atronadora. "En cuarenta días Nínive será destruida".

Me parece ver al rey de Nínive sentado con sus nobles en un consejo de estado, y a uno de ellos diciendo: "Tenemos pocas esperanzas de misericordia, pues si observan, Jonás nunca nos ofreció ninguna. Qué terriblemente habló. No había ni una lágrima en sus ojos. Estoy

convencido de que el Dios de Jonás es muy justo y severo. De ningún modo nos perdonará, seremos exterminados". Pero la respuesta del rey a su consejero fue: "¿Quién puede saberlo? Tú sólo lo piensas, pero no puedes saberlo, esperemos todavía, pues, 'Quién puede saberlo'."

Mis queridos oyentes, no es Jonás quien se dirige a ustedes. Mi lenguaje hoy será más bien el de Isaías: "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice Jehová: aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". Oh, ¿no puedes decir con el rey de Nínive: "Quién puede saberlo"? ¿No irás a casa a tu recámara y orarás, porque "Quién puede saberlo"? ¿No irás a la Biblia y buscarás una promesa? ¿No irás a la cruz y confiarás en la sangre que fluye? Puedes ser perdonado todavía, aceptado todavía, y un día todavía cantar las alabanzas de Dios ante Su trono en lo alto.

Otra cosa que cortarían mucho la esperanza de los ninivitas era ésta, no sabían nada de Dios, excepto, puede ser, algunas espantosas leyendas que habían oído de Sus terribles actos. Uno de los consejeros del rey, profundamente erudito, diría: "¡Oh Rey, vive para siempre! El Dios de Jonás es un Dios terrible. ¿No has oído lo que hizo en Egipto, cómo destruyó al faraón y sus carros de guerra en el Mar Rojo? ¿Y no has oído lo que le hizo a Senaquerib cuando lo exterminó a él y a sus huestes? ¿No has oído nunca el trueno de Su poder, y la fuerza de Sus terribles actos? Ciertamente, no tendrá piedad de nosotros". Pero el rey respondió: "¿Quién puede saberlo? No lo sabéis. No es más que una suposición. ¿Quién puede saberlo?"

Pero, oh, oyentes míos, aquí estamos en una posición ventajosa, pues ustedes saben que Dios es misericordioso. Muchas y muchas veces les hemos asegurado de labios del propio Dios, por medio de esta Palabra escrita, que Él se deleita en misericordia. Ustedes tienen Su promesa de ello, es más, tienen Su juramento de ello. Jehová levanta Su mano al cielo, y jura por Sí mismo. "Vivo yo, dice Jehová, que no quiero la muerte del que muere; antes quisiera que se volviese a mí y viviese".

Ven, pues, pecador, porque "Quién sabe", Él es un Dios misericordioso. Haz lo que Benadad hizo en otro tiempo, cuando él y su ejército habían sido derrotados, y él solo quedó con algunos de sus nobles. Dijo: "Pongámonos sogas al cuello y vayamos al rey de Israel, porque hemos oído que los reyes de Israel son reyes misericordiosos".

Haz tú lo mismo con Jesús. Has oído que Él es misericordioso y lleno de compasión. Ven a Él ahora, confía en Su sangre, y "¿Quién puede saberlo?", este día tus pecados pueden ser borrados. "¿Quién puede saberlo?"

Este día puedes ser lavado en la sangre de Cristo, y ser blanqueado como Adán en el paraíso. "¿Quién puede saberlo?" Este día el Señor puede hacer que tu corazón salte de alegría, mientras susurra: "Tú eres mío, y yo soy tuyo". "¿Quién puede saberlo?" Los hombres que se

ahogan se aferran a un clavo ardiendo; esto no es un clavo ardiendo; esto es una roca sólida, aférrate a ella y sé salvo. "¿Quién puede saberlo?"

Pero una vez más, al pueblo de Nínive le faltaba otro estímulo que tú y yo tenemos. Nunca habían oído hablar de la cruz. La predicación de Jonás fue muy poderosa, pero no había Cristo en ella. No había nada acerca del Mesías que había de venir, no se hablaba de la sangre rociada, no se mencionaba un gran sacrificio expiatorio del pecado, y, por lo tanto, los hombres que estaban en el consejo del rey, podrían haber dicho: "Ciertamente nunca hemos oído que se haya ofrecido ninguna satisfacción a la injusta justicia de Dios. ¿Cómo, pues, puede Él ser justo y, sin embargo, el justificador de los impíos?".

"¡Ah! ", dijo el rey, "¿quién puede saberlo?", y sobre ese delgado "¿Quién puede saberlo?" se aventuraron a clamar por misericordia, pero oh, pecador, hoy se te responde que "Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó gratuitamente por todos nosotros, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que se salve. Porque ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús".

Ven pecador, ven a la cruz, porque Dios puede ser justo, y sin embargo el justificador del impío. Digo que esto debería hacerte preguntar: "¿Quién puede saberlo?". Él puede lavarme, Él puede aceptarme, y yo puedo ser capaz de cantar con la más fuerte de todas las voces de Sus hijos...

***"Yo soy el primero de los pecadores,
pero Jesús murió por mí".***

Y ahora les diré cuál creo que era la esperanza que realmente tenía el pobre rey de Nínive. Os he expuesto sus desalientos, y ahora os expondré sus ánimos. Eran muy escasos, pero aun así parecían suficientes. Tal vez el rey dijo en su corazón, o pudo haber dicho a sus consejeros: "Señores, hay una cosa que no pueden negar, hemos llegado a lo peor, y si nos arrepentimos y clamamos por misericordia, al menos ese clamor no será en nuestra desventaja. No estaremos peor, aunque no se nos escuche".

Ahora bien, a veces he conocido a un pecador tembloroso que se consuela incluso con eso. Las palabras de nuestro himno sugieren la idea completa.

***"No puedo sino perecer si me aparto,
estoy resuelto a intentarlo;
porque si me quedo lejos,
sé que debo morir para siempre".***

Si no buscáis a Cristo, si no os arrepentís del pecado, si no ponéis vuestra confianza en Él, pereceréis. Eso es seguro. Si vas y eres rechazado, al menos no serás peor. Inténtalo, y descubrirás que eres mucho mejor, pues no serás rechazado.

¿Recuerdas el caso de los tres leprosos a la puerta de Samaria? Estaban allí sentados sin comida, y al fin el hambre se apoderó de ellos. Uno de ellos dijo a sus compañeros: "Vayamos ahora al ejército de los sirios. Si nos matan, moriremos; si nos salvan con vida, viviremos; pero si nos quedamos aquí, pereceremos". Así que, como no había nada que perder y podía haber algo que ganar, se arriesgaron.

Oh, pecador, quiera Dios que el Señor te enseñe tanta sabiduría como ésta. Ve a Él tal como eres y dile: "Señor, nade o se hunda, tomo Tu cruz como mi única confianza. Si Tú no me salvas, si perezco en la corriente, pereceré aferrado a la roca de mi salvación, pues no tengo otra confianza ni otra esperanza". Oh, que seas guiado a hacer incluso esto, y no serás defraudado.

Además, el rey añadiría: "Es cierto que Jonás no dijo que Dios tendría misericordia, pero entonces no dijo que no la tendría". El labio de Jonás gritó: "Todavía cuarenta días y Nínive será destruida", pero no dijo: "Dios no tendrá misericordia alguna". Entonces el rey dijo: "¿Quién puede saberlo, pues?". Si alguien podía decírselo, era Jonás. ¿Acaso no era un hombre de aspecto feroz, si hubiera habido algún trueno reservado, no lo habría repartido con su terrible furia de profeta? "Seguramente", dijo el rey, "si se detuvo allí, y no añadió: 'No tendré misericordia,' esto es una señal feliz. ¿Quién puede saberlo? Si Jonás no lo dijo, nosotros tampoco".

Y ahora, pecador, quisiera que te aferraras a esto. Pero tienes algo más fuerte y más firme aún porque hoy se os anuncia misericordia. Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Estas son Sus propias palabras, y El mismo te invita expresamente a venir a Él. Dice: "El que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida", y les da Su palabra al respecto: "Al que a mí viene, en ninguna manera lo echo fuera".

La salvación es gratuita como el aire que respiramos para todo pecador convencido. Si hoy conoces tu necesidad de Cristo, tómalo, Él es tuyo. Él es una fuente abierta para el sediento. Toda la preparación que necesitas es simplemente una sed ardiente. Entonces ven y bebe, y nadie podrá decirte que no.

***"Desde el Monte del Calvario,
donde el Salvador se dignó morir,
¡Qué sonidos tan transportadores oigo,***

***resonando en mi oído embelesado!
La obra redentora del amor está hecha,
¡ven y sé bienvenido, pecador, ven! "***

Bien, entonces, si eres invitado, "¿Quién puede saberlo?" Ven, ven y prueba, porque "¿Quién puede saberlo?"

Sin embargo, creo que la mayor confianza que tendría el rey de Nínive se derivaría de la siguiente sugerencia. "Oh", dijo, "si Dios hubiera querido destruirnos sin darnos una oportunidad de perdón, no habría enviado a Jonás cuarenta días antes. No nos habría dado tiempo para nada. Simplemente habría dado un golpe y una palabra, pero el golpe habría sido lo primero. Habría derribado la ciudad en Su ira sin un solo mensaje. ¿Qué le hizo a Sodoma? No envió ningún mensajero. El sol salió y el fuego descendió de la terrible diestra de Dios. No así Nínive, que tuvo su advertencia".

Y ahora, pecador, aprovecha esto. Has tenido muchas advertencias. Hoy se te advierte, es más, se te invita afectuosamente a venir a Cristo. La voz de la cruz está hablando, y cada gota de sangre clama: "Amén".

"¡Ven y sé bienvenido, pecador, ven!"

Ahora bien, si el Señor no estuviera dispuesto a perdonar, ¿habría enviado a Sus siervos a advertir e invitar? Si no hubiera entrañas de misericordia con Él, ¿no habría dicho: "Dejadlos; se han unido a los ídolos, perezcan"? No es una pequeña profecía de las buenas intenciones de Dios para con un hombre, cuando Dios le envía un ministro fiel.

Oh, oyentes míos, no puedo hablarles con elocuencia. No puedo dirigirme a ustedes con las fervientes palabras de alguien como Whitefield, pero puedo decirles, y Dios es mi testigo, que no he rehuído declarar todo el consejo de Dios, ya sea que el hombre quiera oírlo o se abstenga de hacerlo. Si ustedes perecen, no es porque yo haya retenido alguna parte de lo que he recibido de Dios, quien me ha enviado. He roto las trabas del credo y del sistema para poder liberar mi cabeza de la sangre de todos los hombres. No me he contentado con seguir las huellas de un credo antiguo y estrecho, si sentía que eso me impedía suplicarles fervientemente y advertirles que huyan de la ira venidera.

He puesto en peligro muchas amistades, y me he avergonzado no poco, porque debo y quiero, en este asunto, tratar seriamente con vuestras almas. Predicar no es un juego de niños. No será un juego de niños dar cuenta de la predicación en el último gran día tremendo. Están advertidos, en el nombre de Dios los conjuro, antes de que las puertas de la misericordia se cierren sobre ustedes, antes de que la vida termine, ahora, ahora piensen en ustedes mismos.

Ahora que el Espíritu de Dios os ponga de rodillas, ahora que os lleve a la oración, ahora que os conduzca a la fe en la sangre rociada del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Pecador, recuerda, si pereces, te destruyes a ti mismo. He aquí, Dios no quiere tu muerte, pero te ordena que vengas ahora. ¡No! Él, por así decirlo, te ruega que regreses. Dice: "Volved, hijos de los hombres descarriados". "Oh Israel, vuelve a mí". Vuelve a decir: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta, si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". ¡Ojalá pudiera atraerte! Oh, si tuviera cadenas en mis labios que te ataran con grilletes de oro a la cruz de Cristo.

Ven, pecador, porque "¿Quién puede saberlo?" No, cambio la frase. "Si te vuelves, Él se volverá a ti". Ven a Él, y Él te aceptará, pues Él es un Dios listo para perdonar, y ahora, en este día, Él está listo para arrojar tus pecados a las profundidades del mar, y no recordarlos más para siempre.

III. Y ahora, esto me llevará al tercer punto, a saber, ***la insistencia de diversas razones por las que debemos imitar a los ninivitas en el arrepentimiento.***

Era una vieja y horrible costumbre de los gobiernos pasados, cuando se ejecutaba a un hombre por asesinato, permitir que se le colgara con cadenas, de modo que cada vez que alguien pasara por la horca aprendiera, como se pensaba, la severidad de la justicia. Me temo, sin embargo, que aprendían con más frecuencia la brutalidad y la barbarie de la época.

Ahora bien, ya que éstos fueron colgados en cadenas como advertencias, yo traduciría esta horrible figura en una que resplandecerá de gozo y deleite. Dios, a fin de que conozcas su misericordia, se ha complacido en conservar ejemplos de ello, para que tan a menudo como los mires te lleven a decir: si tal o cual se salvó, ¿por qué yo no?

Es innecesario que les remita a las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Ustedes recordarán bien el perdón otorgado a David. Seguramente no han olvidado la misericordia que Dios tuvo con ese jefe de los pecadores, Manasés. En cuanto a los pecadores perdonados en el Nuevo Testamento, desde el ladrón en la cruz hasta Saulo de Tarso, el principal de los pecadores, basta con hacer una alusión a ellos.

Y ahora, en este día, contemplad ante vuestros ojos, en este lugar, a pecadores que una vez fueron como vosotros, que han obtenido misericordia y ahora son perdonados. Entre los miles que hay en esta sala, no son pocos los que (digamos hace unos dos años o menos) entraron en este lugar por ociosa curiosidad. Podría describirte a algunos que no habían entrado en un lugar de culto en veinte o incluso treinta años. Algunos de ellos habían sido

borrachos habituales, sus vidas habían sido moradas de miseria, algunos de ellos habían sido ramerías, y habían llevado a otros al pecado, además de destruir sus propios cuerpos y sus almas.

Se arrastraron hasta allí para escuchar al predicador, del que se habían dicho muchas cosas extrañas. Su atención estaba clavada. Una flecha del arco de Dios se clavó en sus corazones y aquí están hoy. Sin jactancia lo digo, son mi gozo y mi corona de regocijo, y lo serán en el día de la aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Si ustedes, que han sido como ellos, pero que ahora se están arrepintiéndolo de sus pecados, pudieran escuchar su testimonio como yo lo he hecho, nunca dudarían de la misericordia de Dios. Si pudieran leer el relato que he preservado de algunos de ellos, navegantes, que en todas partes del mundo han pecado, que nunca han tocado tierra excepto para cometer fornicación y maldad, si pudiera decirles, por otro lado, las terribles iniquidades en las que algunos de aquí se han sumergido en los días de su carne, dirían: "Ciertamente Él es un Dios perdonador", y pienso que eso podría incitarlos a venir.

Oh, si hay alguien así aquí, y yo sé que hay muchos así aquí, si están sentados hoy en este salón codo a codo con algún tembloroso pecador, y observan que una lágrima cae de sus ojos, no se demoren en decirle: "yo soy uno de los hombres que menciona el señor Spurgeon". El Señor te ha salvado, y no tardes en tomar la mano del penitente, y dile que venga adonde tú fuiste, y dile que busque misericordia donde tú la buscaste y la encontraste.

Y puedo decir de nuevo, si puedo hablar por mí mismo aquí hoy, que si ustedes conocieran mi propio carácter tal como era antes de la conversión, no necesitan desesperar de la misericordia. Cuando fui a Dios confesándole mis pecados, me sentí el más vil pecador fuera del infierno. Otros podrían haberme alabado, pero yo no tenía ni una palabra que decir por mí mismo. Si las llamas más ardientes de la fosa hubieran sido mi porción eterna, no era ni un ápice más de lo que merecía. Pero...

***"Díselo a los pecadores di,
yo, yo estoy fuera del infierno",***

y perdonado y aceptado en Cristo. ¿Quién necesita entonces desesperarse? ¿Quién puede saberlo?

Ven, pecador, ven, y di esto en tu corazón, y ve y clama a Dios en oración, y aférrate a Cristo por fe, diciendo: "¿Quién puede saberlo?". Los innumerables ejemplos de misericordias pasadas deberían incitarnos a decir: "¿Quién puede saberlo?".

Y de nuevo permítanme recordarles, oh, ustedes que ahora son conscientes de su culpa,

que su única esperanza de liberación radica en la misericordia de Dios. Cuando un hombre sabe que sólo le queda una esperanza, cuán tenazmente se aferrará a ella. Algún enfermo ha probado todos los sistemas de medicina; ha gastado casi toda su riqueza, y ahora ha llegado a la última etapa. Está probando el último sistema de medicina. Si este remedio falla, debe morir. ¿No se imaginan que lo usaría con la mayor diligencia, y sería tan obediente como fuera posible a cada orden del médico?

Y ahora pecador, ¿es Cristo o el infierno para ti hoy? Si Cristo no te salva, eres un hombre perdido. Si la cruz no es tu salvación, las fauces del infierno pronto se cerrarán sobre ti. Es Cristo o nada. No, es Cristo o la perdición. Aférrate a Él entonces, agárrate a Él, Él es tu última, tu única esperanza. Oh, vuela hacia Él, Él es tu único refugio.

Si fueras perseguido por alguna fiera, si sólo hubiera un árbol en una vasta llanura, aunque sólo hubiera una escasa esperanza de escapar trepando a él, ¿con qué velocidad te llevarían tus pies hasta él? Te veo correr y me adelanto a ti y te digo: "Detente, ¿por qué tanta prisa?". Pasas corriendo a mi lado gritando: "Señor, es mi única oportunidad, es mi única esperanza, me devoran, me despedazan si no encuentro refugio allí". Es tu caso hoy. He aquí que el león rugiente del abismo, sediento de tu sangre, te persigue. Lejos de la cruz, aférrate a ella, hay esperanza, hay refugio seguro. Pero aparte de eso, estás peor que despedazado, estás destruido para siempre jamás.

Pero para animarte, permíteme decirte otra cosa y habré terminado. Pecador, recuerda que, aunque será una cosa feliz para ti ser salvo, será una cosa gloriosa para Dios salvarte. Los hombres no objetan hacer algo que es costoso para ellos, si les trae algún honor. No se rebajarán a hacer algo que implique vergüenza y escarnio, pero si el honor va con una cosa, entonces están lo suficientemente dispuestos a hacerla.

Ahora, alma, recuerda que, si Dios te salva, eso le honrará. ¿Por qué no le honrarías si Él borrara tu pecado? Yo pensaba, cuando buscaba misericordia, que si Dios me salvara, no habría nada que no hiciera por Él. Me cortarían en pedazos antes que negarlo. Le serviría toda mi vida, y Él podría hacer lo que quisiera conmigo en el cielo. ¿Y no sienten a veces que, si Dios los salvara, cantarían más fuerte que nadie en el cielo? ¿No le amarías, te arrastrarías a los pies de Su trono, y arrojarías tu corona a Sus pies, diciendo: "Señor, no a mí, no a mí, sino a tu nombre sea toda la gloria"?

Dios se deleita en salvar a los pecadores, porque esto pone joyas en Su corona. Él es glorificado en Su justicia, pero no como lo es en Su misericordia. Él aparece en ropas de seda con una corona de oro sobre Su cabeza cuando salva a los pecadores. Lleva una corona de hierro cuando los aplasta. El juicio es Su extraña obra, Él la hace con Su mano izquierda, pero Sus actos de la mano derecha son los de la misericordia y del amor. Por lo tanto, Él pone a los

justos siempre a la derecha para estar listo para perdonar y listo para liberar.

Oh, ven entonces alma a Cristo. No estás a punto de pedir algo que Dios no esté dispuesto a dar, o algo que manche Su escudo, o borre Su estandarte. Estás pidiendo aquello que es tan glorioso para Dios como beneficioso para ti mismo. Ven alma humilde y clama a Cristo, y Él tendrá misericordia de ti.

Mi único temor para concluir es que, si alguno de ustedes ha recibido la más mínima impresión esta mañana, se vaya a casa y la olvide. Permítanme pedirles ahora como un favor, que si han recibido tan sólo una cicatriz bajo la predicación de la Palabra, vayan a casa solos si pueden. Hablen poco si están obligados a caminar con otros, y vayan de inmediato a su recámara, caigan allí de rodillas, hagan una confesión de su pecado, clamen a Dios por misericordia por medio de la sangre de Cristo, y "¿Quién puede saberlo?". Quién puede saberlo, este mismo día habrá una gran fiesta en el cielo por cientos de pecadores que en este Music Hall han aprendido a orar por primera vez, que en este lugar han sido llevados a considerar sus caminos y a volverse a Dios por primera vez.

Espero que todos nuestros amigos permanezcan y nadie se mueva, mientras oro para que así sea, y todos los que deseen que así sea, digan solemnemente Amén después de las pocas frases de oración que pronunciaré.

"Señor, sálvanos esta mañana. Confesamos nuestro pecado, pedimos humildemente misericordia por la sangre de Cristo. Te rogamos que no nos niegues, sino que permitas que todos aparezcamos al fin a tu diestra. Revélate aquí con poder, y que muchos se salven esta mañana por amor de Jesús". Y el pueblo dijo AMÉN.